

El suicidio de la derecha radical

Matthew Rose

Fierst Things, Daily Newsletter: March 22, 2024

<https://www.firstthings.com/article/2024/04/suicide-of-the-radical-right>

Tiempo de lectura: 29-37 minutos

El 21 de mayo de 2013, el escritor francés Dominique Venner se quitó la vida frente al altar mayor de la catedral de Notre Dame de París. Venner tenía setenta y ocho años cuando se llevó una pistola a la boca y apretó el gatillo. Dejó una nota en el altar para explicar su "gesto", que tuvo lugar ante casi un millar de visitantes de la iglesia. Tras declarar que era consciente de lo que hacía y expresar su pesar a su mujer y a sus cinco hijos, Venner escribió que ofrecía su vida como protesta sacrificial para despertar a los europeos de una crisis de civilización.

Amo la vida y no espero nada más allá que la perpetuación de mi raza y de mi espíritu. Sin embargo, en el ocaso de esta vida, frente a enormes peligros para mi país francés y europeo, siento el deber de actuar mientras tenga fuerzas. Me sacrifico para romper el letargo que se ha apoderado de nosotros. Ofrezco mi vida como protesta. . . . Mientras tanta gente es esclava de su vida, mi gesto encarna una voluntad ética. Me entrego a la muerte para despertar las conciencias adormecidas. . . . Protesto contra los venenos que destruyen nuestra identidad y los cimientos de nuestra civilización.

Los escritos de Venner en las semanas anteriores a su suicidio dejaban pocas dudas sobre la naturaleza de sus preocupaciones. A principios de mayo, Francia se había visto convulsionada por las protestas en torno a la legalización del matrimonio entre personas del mismo sexo y los debates sobre el creciente número de inmigrantes procedentes del Magreb y del África subsahariana. Para Venner, las nuevas concepciones del matrimonio y la ciudadanía eran signos alarmantes de que el país había alcanzado un estado de emergencia cultural. Ya insegura de su identidad nacional y avergonzada de su pasado colonial, Francia parecía, en opinión de Venner, estar dando la bienvenida a su propia extinción. "No existe ningún ejemplo histórico de una civilización que haya impulsado hasta este punto un rechazo a sobrevivir y un deseo de eliminarse a sí misma", explicó solemnemente.

Aunque varios medios de comunicación lo describieron como conservador y católico, Venner no era en realidad ninguna de las dos cosas. Revolucionario y pagano, Venner fue una figura influyente en un movimiento intelectual moderno que ha intentado recuperar los valores humanos suprimidos por dos siglos de liberalismo y dos milenios de cristianismo. Hijo de un

padre entregado a la causa de Vichy, de joven participó activamente en movimientos nacionalistas. A principios de la década de 1960, cumplió condena en prisión por su participación en la Organisation Armée Secrète (OAS), una organización paramilitar y terrorista que pretendía defender la Argelia francesa e impedir la independencia de ese país.

Durante su estancia en prisión, Venner estudió los escritos de Lenin, a quien llegó a admirar por deducir una potente doctrina política de la obra de Marx. Pero Venner llegó a la conclusión de que el conflicto de la Guerra Fría entre liberalismo y comunismo era engañoso y enmascaraba problemas que no podían abordarse mediante el activismo político. La crisis de Occidente, resolvió, es espiritual y requiere un replanteamiento completo de la naturaleza de la identidad europea. En las cinco décadas que siguieron a su liberación, Venner se dedicó a escribir libros que combinaban un estilo de prosa ampliamente admirado con un impresionante conocimiento de la literatura, la filosofía y el arte occidentales. Su muerte fue cubierta en el *New Yorker* por el que fue crítico de poesía de la revista durante muchos años.

Venner terminó su nota de suicidio dirigiendo a los lectores a sus libros recientes, donde podrían encontrar un claro presagio de su acción final y una declaración más completa de los ideales que la inspiraron. En un libro publicado en 2011, había reflexionado largamente sobre lo que llamaba la tradición de la "muerte voluntaria." Lamentaba la influencia degradante de una moral que valoraba la vida corporal y la comodidad como los bienes más elevados. Y ensalzó los suicidios de figuras históricas, como el aristócrata romano Catón, por defender el ideal de que es mejor poner fin a la propia vida que transigir con la decadencia o el deshonor. La voz de Venner desde el más allá intentó explicar la diferencia entre su muerte y el suicidio de Francia. Si Francia se envenenaba con valores degenerados, su suicidio daba testimonio de los ideales nobles y heroicos que Francia había rechazado. Y para comprenderlos, escribió, hay que comprender la visión de la vida humana de la que su acción ofrecía testimonio.

¿Y cuál es esa visión? Yo la llamo la Derecha Radical, una tradición intelectual que durante mucho tiempo ha sido tachada de reaccionaria o irrelevante. Pero eso está cambiando, y por razones desconcertantemente buenas. En nuestra cultura se está desarrollando una crisis que Dominique Venner y pensadores como él anticiparon con confianza. Vemos cómo las naciones occidentales se deslizan hacia la disfunción política y la decadencia social. Somos testigos del descenso de la esperanza de vida, de la disminución de las tasas de matrimonio y de práctica religiosa, de una pandemia de soledad, de la confusión masiva en torno a la naturaleza y los ideales de la virilidad, del colapso de la alfabetización cultural e histórica, de la erosión de la confianza en las instituciones y de los signos de un nuevo orden mundial multipolar que se alza para desafiar la hegemonía de Occidente. Y en medio de todo esto, muchos sienten los temblores de una revolución teo-política. Leemos elogios del cristianismo, ya no escritos por progresistas laicos, sino por quienes aclaman el ascenso de una derecha postcristiana.

Las opciones a las que nos enfrentamos en este peligroso momento son tanto espirituales como políticas. Comprenderlas nos exigirá ampliar nuestra imaginación social, expandir nuestros horizontes históricos y aventurarnos más allá de los límites bien guardados de la vida pública. Al hacerlo, descubriremos que tenemos cosas cruciales que aprender de un conjunto de ideas controvertidas a las que Dominique Venner dio voz. No digo esto para valorizar su acción ni para concederle la bendición póstuma que deseaba. El suicidio de Venner fue la apoteosis autodestructiva de su oscura visión de la política identitaria. Pero los ideales que dieron forma a su mente, y que despiertan las pasiones de muchos, merecen un estudio serio. Pueden ayudarnos a ver y reparar los defectos de las tradiciones políticas que tanto valoramos. Y pueden ayudarnos a comprender y renovar la tradición cristiana a la que se oponen directamente.

La Derecha Radical surgió en la década anterior a la Segunda Guerra Mundial y llegó a definirse en oposición al consenso político que caracterizaba a las democracias occidentales de posguerra. Sus principales pensadores procedían de Alemania, Italia, Francia y Estados Unidos. Juntos, contaron una historia sobre el siglo XX que daba la vuelta al relato histórico dominante. La corriente dominante consideraba la paz y la prosperidad de las naciones occidentales como un signo de su salud política fundamental. Consideraba la victoria de la democracia en la guerra como prueba de que se había dado una respuesta decisiva a las cuestiones más profundas sobre su legitimidad. Consideraba la influencia global de los valores y hábitos occidentales como una prueba de su triunfo civilizatorio. Y veía la historia de Occidente como un desarrollo progresivo hacia su forma actual. La historia de Occidente comenzó en Platón y triunfó en la OTAN, o al menos eso decía su relato.

En el centro de esta historia estaba la creencia en la legitimidad única de la democracia liberal. Para sus defensores, la democracia liberal era la forma de vida política que reflejaba los valores compartidos por todas las personas razonables. Este consenso consideraba a los seres humanos libres e iguales por naturaleza. Consideraba que la autoridad legítima descansaba en el consentimiento de los gobernados. Entendía que el principal objetivo del gobierno era la protección de los derechos individuales bajo el imperio de la ley. Y creía en la separación de la política de las cuestiones religiosas. Por mucho que la izquierda y la derecha discreparan sobre cómo proteger la libertad y promover la igualdad, no lo hacían sobre su importancia suprema. Por eso, para muchos en la posguerra era más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del liberalismo.

La derecha radical contaba una historia totalmente distinta e imaginaba un futuro radicalmente diferente. Consideraba que la preocupación de Occidente por la riqueza material y el crecimiento económico era un signo de su decadencia moral y su pobreza espiritual. Consideraba que la democracia liberal no era la antípoda del comunismo, sino su gemela, una ideología que restringía el pensamiento, desarraigaba culturas y nivelaba las diferencias sociales con la misma eficacia que el marxismo. Consideraba que la apertura de Occidente a la inmigración y la fascinación por el

multiculturalismo eran la prueba de una inseguridad paralizante sobre su propia identidad y un signo de su ceguera voluntaria ante la realidad de las diferencias humanas. La historia de Occidente es un cuento proverbial de decadencia moral, en el que las virtudes viriles necesarias para construir una civilización se ven lentamente corrompidas por el lujo y la complacencia. Para la derecha radical, por tanto, no era imposible imaginar un mundo después del liberalismo. Era necesario.

Los pensadores que contaron esta historia en las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial desempeñan un doble papel en nuestra vida intelectual. Cuando no son simplemente ignorados, se alega que sus ideas no sólo son evidentemente erróneas, sino también singularmente peligrosas, tanto fundamentalmente ajenas a nuestros valores fundamentales como insidiosamente amenazadoras para ellos. Por lo tanto, una opinión común sostiene que dan voz a prejuicios que deben proscribirse severamente, en lugar de a posibilidades humanas que deben examinarse críticamente. Si este planteamiento fue prudente en otros tiempos, creo que ya no lo es. Hoy no sirve para proteger nuestros ideales más elevados, sino para privarnos del acceso a ellos. Estamos en peligro por la arrogancia, la ingenuidad y el pensamiento rancio, no por el retorno del fascismo.

En un libro de 2005, Dominique Venner sostenía que el mayor peligro al que se enfrenta Europa no es de naturaleza política o militar. Es el peligro de la amnesia. Los pueblos occidentales han olvidado quiénes son y quiénes fueron. Tal y como Venner lo imaginaba, el mundo está repleto de pueblos seguros de sus identidades de grupo, orgullosos de su carácter distintivo y celosos de defender y transmitir sus tradiciones. Sin embargo, las naciones occidentales se han convertido en la excepción. No sólo están alejadas de un pasado que apenas recuerdan, sino que están desmoralizadas hasta un grado casi patológico. Celebran que otras culturas son superiores a la suya, juzgan su historia con criterios que no se aplican a ninguna otra y permiten que sus valores se esgriman cínicamente en su contra. Como escribió Venner, las naciones occidentales tienen un prejuicio contra sí mismas, "prefiriendo a otras comunidades por encima de la propia".

Por ello, Venner se propuso recordar a los europeos su identidad perdida. Comenzó señalando que los europeos no son diferentes de otros pueblos. Tienen una identidad que les es propia, un carácter colectivo que se imprime sutil pero inequívocamente en todos los aspectos de su vida. Esta identidad no puede descubrirse en el ADN humano ni en nada biológico. La identidad se revela en la cultura, en esa esfera de actividad en la que los seres humanos luchan por elevarse por encima de las presiones de la vida animal y material. El carácter distintivo de esa lucha inspira y da forma a todo lo que hace una cultura. Es el alma de su arte, lengua, música, arquitectura, religión, política, juegos, cocina y costumbres populares. Según Venner, las formas y estilos culturales cambian con el tiempo, pero su espíritu interior siempre es el mismo. Desde las pinturas rupestres de la Europa prehistórica hasta los poemas de Homero, desde los filósofos romanos hasta la literatura de caballería medieval, desde las visiones renacentistas del imperio hasta nuestros días,

Venner encontró un único hilo espiritual, una línea de sangre cultural que une la cultura occidental a lo largo de 30.000 años.

Su argumento se inspiró en una figura importante de la derecha radical, el filósofo italiano Julius Evola. Evola afirmaba haber descubierto los principios permanentes de todas las sociedades humanas asomándose a los reinos no registrados de la prehistoria humana. Inspirado por las historias especulativas de Evola, Venner afirmó haber descubierto el origen primigenio de la cultura occidental. Lo llamó "tradición", un término que describió de forma casi teológica. La tradición es el manantial invisible de la cultura occidental, la fuente generadora de todo lo que es y hace. La tradición es aquello en lo que los europeos viven, se mueven y tienen su ser. Es el núcleo más profundo de su identidad, que proporciona las verdades permanentes que encuentran expresión en el arte, el pensamiento y la vida occidentales. Como explicó Venner, la tradición ejerce una influencia metafísica, funcionando como el alma colectiva que dispone a los occidentales a experimentar la realidad de un modo único. La vista, las sensaciones, el habla, la imaginación, el deseo, el razonamiento... para Venner, todas las facultades humanas están moldeadas interiormente por la tradición.

Como visión de la identidad humana, la de Venner era profundamente antiliberal. En el fondo, somos custodios, no creadores; herederos, no elegimos; y las culturas nos hacen fundamentalmente diferentes, no semejantes. Existimos no sólo a través de genealogías que no hemos elegido y bajo obligaciones a las que no podemos renunciar. Existimos como portadores de una identidad colectiva que nos une indisolublemente a los que son como nosotros y nos separa para siempre de los que son diferentes. Los europeos pueden respetar otras culturas. Venner escribió sobre su propia admiración por la tradición japonesa. Pero en ninguna civilización, sostenía, pueden los forasteros culturales compartir verdaderamente una vida común con los iniciados culturales, y es insensato o peor intentar confeccionar una sociedad multicultural. Sin embargo, la tradición puede olvidarse o traicionarse, y las consecuencias son demoledoras para la identidad humana. Venner atribuyó el caos de la cultura moderna a la ilusión de que la identidad humana sólo puede descubrirse cuando nos liberamos de las coacciones de la costumbre y las imposiciones del pasado. Venner afirmaba lo contrario: Un individuo desvinculado de la tradición no puede tener identidad alguna.

La historia de Europa de Venner se centró en las antiguas ciudades-estado, el feudalismo medieval y las doctrinas modernas de soberanía política. Las sociedades paganas, cristianas y seculares tenían estilos intelectuales y artísticos diferentes, así como diferencias aparentemente profundas en la fe y la práctica religiosas. Pero lo que tenían en común, sostenía, era mucho más importante y fundamentaba la profunda continuidad de la identidad europea a lo largo del tiempo. Se trataba de un código de conducta humana basado en una ética del heroísmo. Occidente se "fundó sobre una concepción heroica de la vida" y una "ética del honor", escribió, y trató de "construir su orden político basándose en la jerarquía del mérito y el valor".

Lo que Venner denominó una "ética del honor" explicaba un aspecto especial de la identidad europea. La cultura occidental suele destacar por su individualismo y competitividad, así como por su celebración de los rebeldes, exploradores, fundadores y visionarios. Venner trató de explicar este dinamismo remontando sus orígenes a un código ético que otorgaba estatus social a través de la competición. En su forma más pura y tradicional, la competición no estaba motivada por el deseo de riqueza, recursos o incluso poder. La competición era aristocrática, y su recompensa era el honor, el puro prestigio de ser reconocido como el mejor, el más excelente. A diferencia de una "ética de la dignidad", una ética del honor no distingue entre el bien y el mal, en la que la transgresión da lugar a la culpa. Distingue entre superior e inferior, donde la derrota da lugar a la vergüenza.

Venner se inspiraba en otro pensador seminal de la derecha radical, el historiador alemán Oswald Spengler. Spengler sostenía que el carácter distintivo de la cultura europea se explicaba por un impulso interior que él denominaba fáustico. Como cultura fáustica, Occidente no valora la supervivencia del grupo, sino los logros de individuos excepcionales. Spengler estudió la ciencia, la música, la arquitectura, la filosofía y la tecnología occidentales y llegó a la conclusión de que, en todos los ámbitos, la cultura de Occidente ha estado motivada por un impulso heroico de superar los límites existentes y sobrepasar los logros anteriores. Venner aplicó el vitalismo de Spengler a la historia de la política y la cultura. ¿Cuál es la gran historia moral de nuestra civilización? No es el mito de nuestra marcha progresiva hacia una mayor igualdad, una preocupación cada vez mayor por las víctimas y los extranjeros, y los santos seculares que abrieron el camino. Es más bien la historia de individuos extraordinarios que transformaron la experiencia humana y cambiaron el curso de la historia.

Venner los llamó "hombres superiores", aquellos que se atrevían a vislumbrar nuevas posibilidades humanas y a enfrentarse a los retos más desalentadores. Son diferentes de los "hombres inferiores" en el sentido más radical. Sus logros han sido tan transformadores, tan titánicos, que deben considerarse creadores de sentido y constructores del mundo. Según Venner, estos "hombres superiores" tenían la fuerza para dirigir la historia, imponer orden en la naturaleza, imprimir nuevas formas a la experiencia humana y construir una civilización por encima de la barbarie. Como constructores del mundo, llevaron la potencia primordial de la tradición a la actualidad de la vida humana. En opinión de Venner, vivimos en un mundo que no es posible gracias a ideales universales ni a sistemas morales o jurídicos que facilitan la cooperación. Vivimos en patrones de sentido y orden que son el legado de los hombres prometeicos, los únicos y verdaderos benefactores de la humanidad.

La condición humana es, por tanto, una condición de lucha. Venner escribió varios libros sobre la historia de la caza y las armas de fuego, y a menudo describía su vocación de escritor en términos marciales. Su interpretación de la cultura occidental destacaba el papel esencial e incluso creativo de la agresividad humana. La lucha existe en primer lugar en el conflicto primigenio entre el

hombre y el mundo natural cuando la humanidad aspira a elevarse por encima de la mera supervivencia. La cultura es el arduo producto de una lucha a vida o muerte por controlar la naturaleza y trascender las formas en que nos vemos arrastrados por sus necesidades. El conflicto también existe entre los seres humanos, no sólo la competencia animal por los bienes y recursos, sino también la batalla humana por el honor y el prestigio, logros nobles que desprecian las recompensas materiales. Sin lucha, sin la lucha por valores, símbolos e ideales más elevados que la supervivencia corporal y el bienestar, no hay cultura y, por tanto, no hay humanidad. Para Venner, pues, el conflicto en su modalidad más humana no es destructivo. Es, como escribió Heráclito, el padre de todas las cosas.

La exaltación de Venner del conflicto creativo expresa una idea clave de la Derecha Radical: rechazar como distopía lo que otras tradiciones intelectuales han imaginado como utopía. Imaginemos un mundo de paz, comodidad, igualdad y cooperación, un mundo en el que el conflicto, el sufrimiento, la violencia y la desigualdad ya no embrutecen. Tanto para el liberalismo como para el comunismo, este mundo representa la esperanza del hombre y la meta de la historia, la etapa final de nuestro desarrollo político. Para Venner, sin embargo, ese mundo está tan domesticado y deformado que ya no es humano en absoluto. El temor de Venner no era que la historia alcanzara tal condición posthumana. Le preocupaba que este ideal utópico de paz y prosperidad perpetuas ya hubiera mutilado el alma occidental al socavar el espíritu viril de la competición y el conflicto en aras de la excelencia. Una visión de la vida política que busca aumentar el placer y reducir el dolor, proteger a los débiles y contener a los fuertes, y promover la seguridad y disminuir el riesgo, es una receta para la decadencia, sostenía Venner, no una carta para la humanidad. Bajo su influencia enervante, los seres humanos se volverán celosos de su mediocridad y resentidos hacia quienes aspiran a cosas más elevadas.

Venner no consideraba la violencia como un bien intrínseco. Más bien sostenía que la humanidad occidental había olvidado que el hombre debe cultivar la fuerza para dominarse a sí mismo y a su entorno, y que las excelencias más elevadas sólo se alcanzan mediante el sufrimiento, el riesgo y el gusto por la aventura. El elogio de Venner a la lucha humana se inspiraba en los escritos de Ernst Jünger y Carl Schmitt. En una carta a Schmitt (que fue padrino de su segundo hijo), Jünger sostenía que "la calidad del intelecto se mide por su acercamiento a la preparación de la guerra", y lamentaba que "el salvajismo, la brutalidad y los colores brillantes del deseo humano" hubieran sido sofocados por la civilización moderna. Venner insistió igualmente en la importancia cardinal de las virtudes marciales. El valor, la lealtad, la fuerza y el patriotismo son las virtudes más importantes porque hacen posibles las demás virtudes. La paz requiere la guerra. La amistad requiere enemigos. La lealtad requiere la exclusión. El amor requiere odio. Venner argumentó que una sociedad que abraza las virtudes del civismo mientras denigra las virtudes del guerrero se volverá decadente e indefensa. "Olvidamos fácilmente que los lugares de felicidad y paz no pueden durar sin la determinación viril de protegerlos", escribió. "Los lugares de paz sólo sobreviven gracias a las virtudes que exige la guerra".

Si la cultura occidental fue una vez heroica y autoafirmante, ¿por qué se ha vuelto débil y autocrítica? Esta pregunta preocupó a la derecha radical y configuró su carácter intelectual distintivo. Lo que el escritor estadounidense Sam Francis denominó la "cuestión cristiana" planteaba si las enseñanzas del cristianismo son en última instancia responsables de la crisis de identidad occidental. Francis, uno de los pensadores más influyentes de la extrema derecha estadounidense, sostenía que los problemas más profundos de la vida americana son inseparables de los supuestos básicos de la ideología liberal. Tomemos, por ejemplo, las nociones de que los seres humanos comparten una naturaleza común y gozan de igual dignidad, que los seres humanos poseen derechos independientemente de su raza, clase o sexo, y que los débiles y los enfermos merecen una preocupación moral especial. Aunque estas ideas están tan ampliamente aceptadas que pocos se molestan en reflexionar sobre sus fundamentos, Francisco sostiene que son ininteligibles al margen del legado moral del cristianismo.

Francisco se mostró circunspecto sobre si el cristianismo es la verdadera causa de la decadencia de Occidente; Venner no. Sostenía que el nihilismo había sido tejido en el tejido de la civilización occidental por la religión bíblica. Venner describió la desaparición del paganismo antiguo como una "tragedia" y argumentó que las verdaderas escrituras sagradas de la cultura occidental son los poemas de Homero. Venner atribuyó el origen del nihilismo occidental al catolicismo romano en general y a un fraile dominico en particular. Según su visión de la historia, el catolicismo desencantó la naturaleza y secularizó la vida cotidiana. Sus doctrinas transformaron un mundo lleno de dioses, rituales y espíritus en un espacio espiritualmente inerte donde la salvación se busca y sólo se alcanza en otro mundo. Pero fue el racionalismo del Aquinate, según Venner, el que allanó el camino a nuestra crisis actual. La preocupación del Aquinate por un reino trascendente de conceptos abstractos tuvo el efecto no deseado de suprimir la vitalidad humana y vaciar la vida de su significado natural cargado de espíritu. Santo Tomás y sus seguidores fomentaron una cultura que antepone el intelecto a la pasión, la gracia a la naturaleza y los conceptos a la realidad. La tragedia del tomismo, según Venner, es que desarraiga a los creyentes de sus tradiciones ancestrales y los orienta hacia la búsqueda de ideales abstractos y universales.

Parece que la teología cristiana ya no establece los términos de nuestra cultura. Esto es un engaño, explicó Venner. Nuestro vocabulario ha cambiado, no nuestra perspectiva básica. Nuestros nuevos términos divinos son Justicia, Igualdad, Libertad y Tolerancia, sustantivos abstractos omnipotentes que han sustituido a una deidad omnipotente en el lenguaje de nuestra piedad cívica. Para la derecha radical, el poder sacro de estas palabras es la prueba de que nuestra cultura sigue atormentada por supuestos cristianos. El legado del cristianismo no se encuentra en su credo ni en sus iglesias, que pueden desaparecer sin perder su hegemonía cultural. Los efectos duraderos del cristianismo surgen de su revolucionaria transformación de la moral, el astuto poder que puede adoptar formas religiosas o seculares. El cristianismo dio lugar a una nueva moral y a un nuevo humanismo, poniendo al mundo occidental en un rumbo desviado. Inspiró el descubrimiento de los derechos humanos y la dignidad, cultivó una aguda sensibilidad hacia el

sufrimiento y la crueldad, alimentó la creciente demanda de igualdad de reconocimiento e inclusión y, lo más radical de todo, inculcó la creencia revolucionaria de que en el victimismo se puede descubrir un gran poder; de hecho, se puede incluso heredar la tierra. En el pensamiento contemporáneo, a veces se critica al cristianismo por defender las desigualdades sociales o restringir las libertades personales. Según Venner, el problema del cristianismo es que ha hecho precisamente lo contrario.

El consenso político que dio forma a Occidente después de la Segunda Guerra Mundial ha asumido que los seres humanos son fundamentalmente iguales, individuos con derechos, y que los mayores males provienen de las infracciones a nuestra libertad de elección. Ese consenso se está erosionando. ¿Por qué? Su imagen de la vida humana ha demostrado ser empobrecida y deshonesta. Atribuimos derechos a los individuos con toda justicia, pero sabemos que los seres humanos no son sustancialmente iguales. Celebramos los actos de elección y autoexpresión, pero sabemos que seguimos estando definidos por relaciones que no hemos elegido y responsabilidades a las que no podemos renunciar. No cabe duda de que Venner tiene razón al afirmar que nuestras identidades están moldeadas y arraigadas en tradiciones que no somos libres de cambiar. Es un tópico de las ciencias sociales modernas. Como personajes de historias de las que no somos autores, ahora nos vemos obligados a reaprender verdades que el liberalismo fue tonto al olvidar y que la derecha radical ha estado ansiosa por explotar. Nuestro deseo de formar parte de un pueblo distinto, de heredar y transmitir un patrimonio, de admirar a seres humanos excepcionales y de experimentar la autotrascendencia a través del autosacrificio: cualquiera que se preocupe por la dignidad humana debe defender estas nobles aspiraciones de quienes las denigran, pues forman parte integral de lo que significa ser humano.

Muchas de estas preocupaciones eran compartidas por otro pensador francés que se vio marcado por las mismas experiencias bélicas que radicalizaron al joven Dominique Venner. A principios de la década de 1940, el teólogo jesuita Henri de Lubac pronunció una serie de conferencias sobre el colapso de la Tercera República. A diferencia de Venner, de Lubac era ferozmente antifascista. Sin embargo, sostenía que la caída de Francia se debió en parte a la superficialidad de su ideología dominante y a la ingenuidad de sus élites. Una sociedad construida en torno a una concepción estrecha de la libertad individual y el interés propio había invitado al desastre. Sus fundamentos liberales eran demasiado débiles para inspirar lealtad, y muchos franceses se sentían aislados e inseguros, anhelando formas de comunidad más ricas y exigentes. De Lubac sostenía que la Iglesia tenía una gran responsabilidad en esta peligrosa situación. El atractivo seductor de las religiones políticas radicales sólo podía existir allí donde la "sed de Absoluta" de la gente no había sido satisfecha por una Iglesia que había perdido el contacto con la vitalidad de la vida humana y las fuentes profundas de su propia tradición. Los seres humanos sólo podrían resistir el atractivo de la ideología política si se "envolvieran en una comunidad más vasta y profunda", escribió de Lubac, "una comunidad cuya esencia es eterna".

Pero para atraer a la humanidad a esta comunidad eterna, de Lubac comprendió que el cristianismo debía enfrentarse a su crítica más formidable. No era la crítica de que la creencia cristiana es irracional o anticuada. Se trataba más bien de la antigua acusación, expresada en voz alta en la Europa moderna por primera vez en casi dos milenios, de que el cristianismo es hostil a la vida humana, que castra a los creyentes, profana la naturaleza, calumnia los instintos, deforma la imaginación y desarma espiritualmente a las culturas que moldea. Esta acusación no niega la existencia de Dios. Da voz a algo más radical y más preocupante: la acusación de que el Evangelio es una calumnia contra la vida. Para contrarrestar esta acusación, de Lubac argumentó que la Iglesia necesitaba redescubrir, desde dentro de su propia herencia dilapidada, la naturaleza de afirmación de la vida del discipulado cristiano, una visión de nuestro destino sobrenatural que hace que todos los heroísmos y sacrificios terrenales parezcan pequeños en comparación. El heroísmo cristiano, explicó, "no consistirá en . . . delirar por la virtud del poder". Se hallará en dar testimonio de la verdad de Cristo, frente a mentiras evidentes e ideales meretrices. Y su verdad es ésta: El mayor poder se perfecciona en el amor.

Venner y sus colegas autores de la derecha radical no tenían el monopolio del papel esencial del conflicto en nuestra búsqueda de una vida plenamente humana. De Lubac advirtió oscuramente que, después de la guerra, el "combate espiritual" será necesario para todo creyente que se enfrente a los retos de vivir en la cultura postcristiana que se avecina. De Lubac parece haber tomado prestada la frase de un popular manual espiritual del siglo XVI. Su autor, Lorenzo Scupoli, exhortaba a los lectores a entrar en el campo de batalla diario como "soldados de Cristo", ejerciendo una disciplina marcial sobre sus pasiones indómitas y hábitos pecaminosos. [*Combate espiritual*](#) fue escrito desde dentro de una cultura cristiana, y Scupoli advirtió repetidamente contra el autoengaño de querer parecer un buen cristiano en público mientras se permanece interiormente sin renovar. Pero dar la batalla espiritual en una cultura secular, insinuaba de Lubac, exige que los cristianos se enfrenten a una tentación muy diferente de deshonestidad espiritual. Es la tentación de querer seguir siendo cristiano en privado sin parecerlo en la sociedad en general. Contra la tentación de esconder nuestra luz bajo un celemín, de Lubac nos insta a enfrentarnos a nuestros enemigos, con valentía y alegría, con las armas espirituales del coraje, el amor y la esperanza.

En su nota de suicidio, Venner escribió que al elegir una muerte voluntaria había resuelto defender sus ideales hasta el final de su vida. Murió con la esperanza de que la fuerza de su determinación pudiera, al igual que los creadores de sentido que veneraba, recordar a Francia las verdades olvidadas de su patrimonio. Venner se imaginaba a sí mismo como un guerrero solitario que defendía verdades elevadas. Pero sus verdades no eran elevadas y no estaba solo. A él se unen todos aquellos cuyo narcisismo les llevó a imaginar también que nuestras identidades son la fuente autojustificativa de lo que más importa en la vida. Venner estaba ciego, como muchos lo están hoy, ante el gran hecho de la cultura occidental. Sus mayores logros atestiguan nuestra asombrosa capacidad para responder a la llamada de lo alto, para elevarnos por encima de

nuestras identidades y reflejar la luz divina de lo universal a través de los límites creaturales de lo particular. La negación de la trascendencia de Venner le dejó condenado en la inmanencia. Murió en la fatal convicción de que el propósito de la existencia es pasar de la vida a la muerte a través de una incesante lucha interior. Su fracaso le dejó atrapado en los horizontes aplanados de las ideologías progresistas que la Derecha Radical no logra superar, ni siquiera rebatir seriamente.

Pero hay una fe que lucha, una fe verdadera, y busca enderezar el mundo mediante la obediencia amorosa a una Palabra divina transmitida a través de una tradición santa. De Lubac nunca hizo comentarios sobre Venner. Pero podía ver, como debemos ver nosotros hoy, que los ideales de Venner y los de otros como él daban testimonio de un deseo que la derecha radical trágicamente malinterpreta. El deseo de superar grandes retos, de resistirse a las ilusiones reconfortantes y de trascender los placeres inferiores es más que una clave para entender nuestra cultura. Es un deseo, alimentado en el lugar de la blasfemia de Venner, de un Dios que nos conduce de la muerte a la vida. No hay mayor poder en la tierra que estar bajo el mando de aquel que pronuncia: "En el mundo tendréis tribulación; pero confiad, yo he vencido al mundo".

Matthew Rose es director del Barry Center del Morningside Institute. Este ensayo se pronunció como conferencia en el Providence College.